

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL
2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

La importancia de la Primera Internacional en la historia del socialismo reside en el hecho de que por primera vez se afirma de una manera precisa la reivindicación por el proletariado de la conquista del poder político. Lo que Marx intentó hacer comprender a las masas obreras a través de la Internacional, es que a la acción aislada, dispersa, esporádica y explosiva debía suceder una acción consciente y masiva; acción que la clase obrera sólo podía librar en el marco de partidos socialistas organizados. Por esta definición del «medio político», tal como fue expuesto en la Carta de 1864 y reconocido por los diferentes congresos, la significación histórica de la Primera Internacional rebasa incontestablemente las dimensiones temporales y espaciales de su existencia real.

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Antecedentes.

La idea de la solidaridad de las clases trabajadoras se halla expuesta, desde la época de la Revolución francesa, en los escritos de Thomas Paine y en los manifiestos de las *Corresponding Societies* inglesas, así como en los escritos de Gracchus Babeuf y posteriormente en los de su discípulo Buonarrotti. Durante el curso de la primera mitad del siglo XIX, es en los medios de la emigración política donde toma cuer-

po por primera vez la organización internacional de trabajadores. Tres grupos, en quienes se ha pretendido ver a los precursores de la Internacional, reflejan estas preocupaciones:

1. La Liga de los Justos fue constituida en 1826 entre los intelectuales y los obreros que trabajaban en París, en el faubourg Saint-Antoine, algunos de los cuales, tras el fracaso de la insurrección blanquista de «Saisons», en 1839, se refugiaron en Londres y se agruparon bajo la dirección de un tipógrafo, K. Schapper. Divididos primero entre la ideología weitlingista y las sugerencias de Marx, hicieron venir a este último a Londres, y, bajo su influencia, se transformaron en Liga de Comunistas, con una organización centralizada. Después de la revolución de 1848, la Central de la Liga se estableció en Colonia, donde Marx tenía varios partidarios, pero no sobrevivió al proceso que incoaron a sus jefes ante la Corte de esta ciudad.

2. La sociedad Fraternal Democrats fue fundada en Londres en 1845 por cierto número de artistas y demócratas proscritos. Bajo la dirección de Harney y de Bronterre O'Brien creó un notable periódico obrero. Dicha sociedad estaba en relación con la Asociación democrática que crearon en Bruselas radicales belgas, franceses y alemanes, y cuyo primer vicepresidente fue Karl Marx. Pero las Fraternal Democrats sufrieron la represión que siguió al fracaso del último movimiento cartista de 1848 y desaparecieron en 1852.

3. En 1856 se formó en Londres una Asociación Internacional por la unión de un grupo de proscritos franceses que pertenecían a la «Comuna revolucionaria» y antiguos artistas que habían constituido un International Committee, a fin de oponerse a la venida de Napoleón III a Londres con ocasión de la guerra de Crimea. Aunque de escasa audiencia, la Asociación internacional prefigura ya la futura Internacional, y varios de sus dirigentes entrarán más tarde en el Consejo General.

Ninguno de estos grupos tuvo porvenir, porque en su seno se estableció una confusión entre las tendencias sociales de los elementos obreros y la acción esencialmente nacional que perseguían los proscritos políticos. Es esta confusión la que explica, por otra parte, las vacilaciones de Marx a colaborar en la Primera Internacional, cuando la formación de la misma.

La fundación

«La Internacional es una criatura venida al mundo en Francia y amamantada en Londres.» En efecto, nació del acuerdo de las dos clases obreras más evolucionadas de la Europa de entonces, la británica y la francesa.

A la cabeza de la clase obrera británica se hallaban los jefes de las trade-unions, que se federaban de una manera local y a veces nacionalmente en el marco de vastas sociedades «amalgamadas». El espíritu que animaba a estas trade-unions, es más conocido por el nombre de «sindicalismo nuevo modelo». Sólo agrupaba a los obreros cualificados (skilled), y, por tanto, excluía la mano de obra; sólo se preocupaba del ensanchamiento de los derechos políticos y sindicales; se apoyaba en los dos grandes partidos políticos británicos, de mejor grado en el liberal, para obtener las reformas anheladas; practicaban una acción reformista, pero no constituían agrupaciones revolucionarias, ni siquiera socialistas, cuando no eran hostiles a la lucha de clases. No obstante las trade-unions se veían empujadas, desde el punto de vista de su propio interés, a apelar a la solidaridad internacional de los trabajadores. Tal fue, por ejemplo, cuando los industriales británicos llamaban, para romper las huelgas, a los obreros del continente demasiado inclinados a ir a trabajar a Gran Bretaña con salarios más bajos. Por otra parte, las trade-unions venían mostrando desde hacía varios años un vivo interés por los problemas internacionales: de ahí la calurosa recepción a Garibaldi en 1860 y en 1864; el apoyo concedido, en oposición con la actitud oficial del Gobierno, a los nordistas en la guerra de Secesión norteamericana; así como el apoyo otorgado en 1863 a los insurrectos polacos y el llamamiento, en este mismo sentido, a los camaradas franceses.

Contactos similares se iniciaron en 1862 con ocasión del envío de una delegación francesa a la Exposición Universal de Londres, envío que respondía al deseo de Napoleón III de conciliarse, frente a las clases dirigentes que le mostraban una creciente desconfianza, a ciertos elementos de la clase obrera, sin que por ello se suprimiese la legislación vigente que prohibía toda coalición obrera. Los miembros de dicha delegación, presidida por H. Tolain, obrero cincelador, eran adeptos del socialismo proudhoniano de inspiración apolítica: hostiles a la acción directa de los blanquistas y a la oposición republicana de izquierda, pero partidarios de la organización de cooperativas y del crédito mutuo,

pensaban que únicamente por medios pacíficos y por formación intelectual el proletariado podría algún día emanciparse. Lo que reclamaban por el momento no era otra cosa que la posibilidad, para los obreros, de organizarse, de dirigir sus propios asuntos. Por eso quedaron maravillados de la eficacia de las trade-unions y, a su regreso, reivindicaron el derecho de asociación y de reunión; dos años después, la ley de 24 de mayo de 1864, les concedió el derecho de huelga.

En julio de 1863, con motivo de la invitación de los obreros británicos, fue constituido un comité en Londres y apareció un llamamiento redactado por G. Odger, secretario del *London Trades Council*, que gozaba de gran prestigio tras haber dirigido con éxito una huelga de la construcción. Dicho llamamiento insistía sobre la necesidad de organizar congresos que agruparan a los obreros de todos los países, con vistas a establecer un medio de presión sobre los gobiernos (era evidente que su autor pensaba en Polonia) y a luchar contra ciertas prácticas empleadas por el mundo capitalista, como por ejemplo contratar a obreros extranjeros a fin de hacer bajar los salarios y romper las huelgas.

Tras un largo intercambio de correspondencia, el 28 de setiembre de 1864 se celebró en Londres el mitin de Saint-Martins Hall. De hecho, las deliberaciones, extremadamente confusas, llevan la marca del carácter heteróclito de la asistencia: trade-unionistas británicos, emigrados políticos (polacos, húngaros amigos de Kossuth, italianos partidarios de Mazzini), miembros de la Asociación de trabajadores alemanes, que acababa de fundarse bajo el impulso de Lassalle, proudhonianos franceses (Toulain, Limousin y Perrachon), algunos emigrados alemanes, como Eccarius y Marx. La más importante intervención en el curso de los debates fue la de Tolain: «¡Trabajadores de todos los países que queréis ser libres, organizad congresos...! Es necesario unirnos para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que divide a la humanidad en dos clases, una plebe ignorante y famélica y unos mandarines pletóricos y ventrudos. Salvémonos por la solidaridad.» Pero de hecho el mitin se limitó a aprobar la creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité Central radicado en Londres. La palabra «socialismo» no fue pronunciada; ninguna ideología fue definida, ninguna actividad sindical fue prevista.

Fue entonces cuando intervino Karl Marx con su indiscutible personalidad. El suizo J. Guillaume lo describiría

posteriormente «como el cucú, Marx ha venido a poner su huevo en nido ajeno». A decir verdad, había asistido pasivamente a la sesión del 28 de setiembre, y no sin vacilaciones aceptó colaborar en el Comité provisional encargado de elaborar los estatutos de la Internacional, si bien, por falta de salud no pudo participar en las primeras sesiones. No obstante, Marx desempeñó un papel esencial en la elaboración de los estatutos, al descartar dos proyectos: uno debido a un discípulo de Mazzini, el mayor Wolff, que cargaba el acento sobre la idea de emancipación nacional, el otro de un owenista británico, Weston, de carácter utópico. Marx recibió al mismo tiempo el encargo de redactar el *Llamamiento inaugural de la Internacional*. En estos diversos documentos no buscó Marx en absoluto imponer una doctrina, sino dejar que se desarrollaran libremente las grandes asociaciones proletarias existentes, cualesquiera que fueren los errores de los que pudieran ser víctimas; no busca siquiera el atacar de frente al proudhonismo. La Asociación no es concebida más que como «un punto central de comunicación» entre las diversas sociedades obreras, y la soberanía pertenecerá a un Congreso compuesto por delegados de las distintas ramas de la Asociación, que se reunirá todos los años y elegirá el Consejo General, responsable ante él. Marx ha insistido sin embargo sobre dos ideas, a saber: «que la emancipación de la clase obrera será obra de los propios trabajadores» y que «la clase obrera no puede ser indiferente a la conquista del poder político». La idea esencial que él desarrollará en el curso de estos años de lucha, estriba en que, contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar más que constituyendo un partido político distinto, el cual no debe rehuir ni la acción electoral ni la acción parlamentaria, y que debe apoyar las reivindicaciones legales encaminadas a mejorar en el presente la situación material de los trabajadores. Para hacer triunfar sus ideas, Marx dará pruebas de prudencia; no hay en él la menor traza del sectarismo del que se le acusará más tarde; pero actuando siempre entre bastidores, las impondrá por su actividad maniobrera y su pujanza dialéctica, y no tardará en adquirir en el Consejo General una evidente autoridad, que vendrá acrecentada a partir de 1870 con la presencia de Engels junto a él, a título de secretario correspondiente por Alemania e Italia.

2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

Efectivos y medio de acción de la A.I.T.

Acerca de la importancia numérica de la Internacional no tarda en formarse una leyenda, difundida a la vez por sus enemigos y sus partidarios. En el proceso incoado contra la sección francesa de la Internacional en junio de 1870, el procurador general fijó los efectivos de la Internacional en 811.513 miembros, de los cuales unos 443.000 pertenecían a la sección francesa. En su *Libro azul*, el francés O. Testut, que no ocultaba su fobia por la Internacional, habla de cinco millones de afiliados. Se trata de cifras que no responden en absoluto a la verdad. Por lo que sabemos, los medios económicos del Consejo General siempre fueron insignificantes. Por otra parte, conviene distinguir entre los adherentes personales que fueron poco numerosos (2.000 en Francia, aproximadamente; menos de 300 en Inglaterra) y los miembros de las grandes organizaciones sindicales y de los partidos que, en un momento dado, declararon haber dado colectivamente su adhesión al movimiento de la Internacional. Y aun así, éstos jamás fueron tan numerosos como algunos han pretendido. En su apogeo, hubo sin duda 50.000 afiliados en Gran Bretaña, lo que es poco si se tiene en cuenta que las trade-unions contaron en el mismo momento 800.000 miembros; en Francia, algunas decenas de miles a lo sumo, 6.000 como máximo en Suiza. El reclutamiento no provenía de las nuevas industrias nacidas de la revolución industrial, sino de los antiguos oficios, a menudo de las industrias decadentes, y más del textil que de la metalurgia; aparte Bélgica, en donde al parecer la gran industria resultó tan afectada como el artesanado clásico.

Contra lo que se pudiera pensar, la influencia de la Internacional siguió siendo débil en los medios sindicales británicos, a pesar de que contribuyeron a su fundación y de que estaban ampliamente representados en el seno del Consejo General. Sea como sea, manifestaban una creciente reserva hacia ella. El London Trades Council se negó categóricamente a adherirse a la misma (1866). Las Trade-unions, organización típicamente reformista, apenas prestaron atención a la Internacional. Por contra, la A.I.T. tuvo un gran eco entre las organizaciones obreras del continente, debido a que intervino varias veces con éxito en las huelgas y creó una organización internacional de resistencia. La huelga más notable fue la de los obreros broncistas de París en 1867,

los cuales, obligados por sus patronos a abandonar su sociedad de crédito mutuo y amenazados por su negativa de lock-out, apelaron a la Internacional y, gracias a su ayuda, pudieron ganar la partida. Cundió el ejemplo: «La huelga es beneficiosa —declara tras la huelga de los obreros de la construcción de Ginebra un delegado de esta ciudad en el Congreso de Bruselas en 1868—. Los burgueses, aunque esto es una república, han sido peores que en otras partes, pero los obreros han resistido. Antes de la huelga no eran más que dos secciones, ahora hay 24 secciones, con cuatro mil miembros.» Todas las huelgas no son victoriosas, es cierto; pero incluso cuando fracasan, como la de los pasamaneros de Basilea en 1869, provocan un movimiento de solidaridad que beneficia a la A.I.T. Se ha afirmado justamente que «si la Internacional no lanzó a los obreros a la huelga, la huelga los lanzó a la Internacional». El Consejo General de Londres declara, tras la huelga del textil del algodón de los obreros ruaneses, en diciembre de 1868: «El fracaso material de esta revuelta económica fue compensado con creces por sus resultados morales, pues encuadró a los obreros del textil del algodón de Normandía en el ejército revolucionario». Como consecuencia de tales acontecimientos, aumenta los efectivos de las secciones, a veces desmesuradamente, para caer seguidamente e incluso desaparecer.

La obligación en que se encuentran las agrupaciones de la A.I.T. de apoyar a los obreros en huelga conduce forzosamente a la organización a endurecer su política, a tomar posición contra los patronos y el Gobierno. Debido a esto, en el seno de la Internacional, los reformistas pierden terreno en provecho de los partidarios de la acción revolucionaria. Esta evolución es particularmente diáfana en el caso de las secciones francesas, cuya red ha tomado, a partir de 1868, una vasta extensión. El primer buró de la sección parisina de la Internacional, establecido en la calle des Gravilliers, que cuenta con 200 miembros en sus comienzos, es de inspiración proudhoniana «estrecha»: Tolain la dirige con un espíritu mutualista, cooperativo, con la preocupación de no comprometer a la A.I.T. en sus asuntos políticos; así, se la ve con desconfianza no sólo por los blanquistas, sino también por los republicanos, que denuncian sus pretendidas connivencias con el Gobierno de Napoleón III, y por sus simpatías por lo que se ha dado en llamar un «socialismo imperialista». El Imperio, en sus comienzos, no fue sistemáticamente hostil a la Internacional; pero no tardó en darse cuenta de que ésta apoyaba los movimientos subversivos, que participaba en ciertas manifestaciones diri-

gidas contra el régimen, como el homenaje tributado al héroe de la revolución veneciana de 1848, Manin. En diciembre de 1867 se incoa un proceso a la Internacional, bajo la inculpación de asociación no autorizada de más de veinte miembros. Como consecuencia del mismo, el segundo buró que se constituye en 1868, dominado por Eugène Varlin, adopta una posición más radical: proudhoniano «ancho», Varlin no puede concebir un movimiento obrero sin perspectivas políticas, se declara partidario de un «colectivismo antiestatal» y adopta respecto a la idea de la huelga una actitud más positiva. En el curso del proceso que se le sigue en mayo de 1868 y que desemboca en una nueva disolución de la sección parisina, declara: «Si ante la ley resultamos acusados y somos juzgados por ustedes, jueces, quedará claro que existen dos partidos: ustedes el partido del orden; nosotros el partido de los reformadores, el partido socialista. Observad la época actual y veréis en ella un odio sordo entre la clase que quiere conservar y la que quiere adquirir.» La ola de huelgas en 1868-1869 facilita el desarrollo del movimiento, que controla la Cámara federal formada por las principales secciones sindicales de la capital y que ha formado una red de federaciones de barrio, agrupadas a su vez en torno a una federación de las secciones parisinas. Un trabajo similar se ha llevado a cabo en las grandes ciudades de provincias, en Ruán por E. Aubry, en Lyon por A. Richard, en Marsella por Bastelica. La Internacional se ha convertido en una potencia susceptible de movilizar masas considerables, como por ejemplo ocurrió el día de los funerales de Victor Noir, y al intervenir en el plebiscito de 1870 para aconsejar la abstención. El 30 de abril de 1870, el gobierno ordena el arresto de los jefes de la Internacional; Varlin se refugia en Bruselas.

Si en Francia —como en Bélgica— son las asociaciones obreras las que constituyen la fuerza principal de la A.I.T., ésta puede, en Alemania, contar con el apoyo de un partido organizado. En este país, es un demócrata, refugiado en Suiza tras la revolución de 1848, J. P. Becker, cuyo órgano es el «Vorbote», quien crea la mayor parte de las secciones de la Internacional. Marx contaba por otra parte con un ferviente discípulo, W. Liebnecht, el cual, tras separarse del movimiento lassalliano (cf. pág. 40) cuyo patriotismo prusiano combatía él, fundó con Bebel la Unión de asociaciones obreras, cuyo congreso de 1868, en Nuremberg, se pronunció en favor de las ideas de la Internacional; y cuando se constituyó en 1869, por la fusión con ciertos grupos lassallianos disidentes, el primer Partido socialdemócrata

en Eisenach, éste aceptó, sin adherirse a la A.I.T. (lo que le estaba prohibido por las leyes alemanas), reconocer la dirección moral del Consejo General de Londres. Y si bien el nuevo partido estaba lejos de responder a los ambiciosos proyectos que Marx había establecido para Alemania, no es menos cierto que de todos los grupos que invocaban a la A.I.T., era el que más se acercaba al pensamiento marxista.

Los conflictos ideológicos

De hecho, Marx no cesó en el curso de la corta vida de la Primera Internacional de topar con una doble oposición, la de los proudhonianos y la de los bakuninistas. En 1871, Marx escribe: «La historia de la Internacional ha sido una continua lucha del Consejo General contra las sectas y las tentativas de los aficionados que trataron siempre de mantenerse contra el movimiento real de la clase obrera en el seno de la Internacional misma. Esta lucha ha sido librada en los congresos, y más aún en las negociaciones privadas del Consejo General con cada sección en particular.»

Reclutados sobre todo en el seno de la delegación francesa, los proudhonianos deseaban una evolución pacífica y progresiva y rechazaban toda especie de consigna de orden revolucionario; así, Fribourg ve en la Internacional «un instrumento para ayudar al proletariado a conquistar pacífica, legal y moralmente el lugar que le pertenece bajo el sol de la civilización». Recelosos respecto a las huelgas, que ellos estiman a veces inevitables, pero siempre indeseables, condenan asimismo toda especie de legislación social, toda intervención del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo. A Marx le inspiran una viva hostilidad; en su correspondencia habla del «sentimentalismo» de la «fraseología huera» de los socialistas franceses, y en su vehemente reprobación se ve apoyado por los trade-unionistas británicos; sin embargo, evita atacarles de frente, y se muestra dispuesto a conceder amplias concesiones. Por otra parte, en los primeros años, los proudhonianos logran imponer su punto de vista. En 1865 cuando se reunió —por ser imposible un congreso— la primera conferencia de los secretarios de secciones, los franceses hicieron fracasar la votación de una resolución en favor de la reconstitución de Polonia, porque se trataba de una cuestión «política» que no tenía lugar en una asamblea obrera, y porque la resolución se inspiraba en el principio de nacionalidad cuya nocividad había demostrado Proudhon. Con ocasión del congreso de Ginebra (1886), Tolain y Fribourg definieron el principio

de la emancipación obrera por la generalización del mutualismo, y se opusieron con éxito a la huelga como método de combate revolucionario; mas no pudieron hacer admitir el principio de que el acceso a la A.I.T. debía ser reservado a los trabajadores manuales. En el congreso de Lausana (1867), la preponderancia francesa sigue siendo neta, pero ya está empañada; el proudhonismo se diluye poco a poco; en particular el belga César de Paepe, otrora anarquista proudhoniano, se pronuncia en favor de la colectivización de las tierras. Y en los dos congresos siguientes, se pone de manifiesto la victoria definitiva del colectivismo sobre el proudhonismo. En Bruselas, en 1868, el Congreso, a propuesta de César de Paepe, se pronuncia por la apropiación colectiva de la tierra, de las minas y de los ferrocarriles; y vota una resolución en favor de la creación de sociedades cooperativas destinadas a explotar las riquezas que pertenecen al Estado. Por último, el congreso de Basilea, cuya importancia estriba en que reviste un carácter plenamente internacional, declara, en 1869, casi por unanimidad, que la sociedad tiene el derecho a suprimir la propiedad individual de la tierra y a hacerla entrar en la comunidad.

Es precisamente en el congreso de Basilea donde Bakunin hace su primera aparición en la escena de la Internacional y logra su primer éxito. Establecido desde 1864 en Italia, trató de utilizar las agrupaciones creadas por Mazzini, de las que por otra parte condena la ideología nacionalista y religiosa, para constituir una especie de Fraternidad internacional de carácter secreto. Para asentar su influencia, intentó entrar en relaciones, aunque sin éxito, con la Liga de la Paz y de la Libertad, organización internacional creada por burgueses republicanos que en 1868 celebró un congreso en Ginebra. Finalmente, funda la Alianza internacional de la democracia socialista, la cual solicita adherirse a la Internacional; el Consejo rehúsa su incorporación en bloque, pero termina por autorizar la adhesión individual de las diversas secciones de la Alianza. De este modo, Bakunin, como representante de la sección de Ginebra, participa en el congreso de Basilea en donde triunfa contra Marx al poner a votación el principio de la supresión completa de la herencia.

La oposición entre Marx y Bakunin no sólo atañe a las cuestiones de doctrina —Bakunin es anarquista y federalista—, sino a los métodos que la clase obrera debe seguir para asegurar la victoria: Bakunin condena la participación en las elecciones y la lucha por las reformas sociales; no cuenta tanto con las élites obreras como con los cam-

pesinos pobres y los intelectuales para realizar la revolución. Y por lo que se refiere a la organización de la A.I.T., Bakunin sigue mostrándose, contra Marx, hostil a toda especie de centralización y en consecuencia combate el dominio del Consejo General sobre las secciones. Si se tiene en cuenta las diferencias fundamentales de temperamento plasmadas en la rusofobia de Marx y la germanofobia de Bakunin, salta a la vista que la oposición entre ellos era insuperable.

De hecho, Bakunin impone también a los movimientos revolucionarios que él organiza una subordinación absoluta del individuo al organismo director. En particular la Fraternidad internacional, tropa de choque en el seno de la Alianza democrática, está sometida a una disciplina rigurosa respecto a ella. En una carta a A. Richard, en 1870, admite que para dirigir una revolución es necesaria una dictadura, una «dictadura sin fajines, sin títulos, sin derecho oficial, y tanto más poderosa por cuanto no tendrá ninguna de las apariencias del poder». En su política obstruccionista en el seno de las secciones no retrocede ante las maniobras de Marx para seguir siendo el dueño de la Internacional. En el fondo es partidario de la teoría blanquista de las «minorías activistas», pero en su polémica con Marx se vio obligado a insistir sobre el peligro que entrañaba todo autoritarismo, sobre el valor de la espontaneidad de las masas y sobre la autonomía de las federaciones.

La influencia de Bakunin no tardó en ejercerse débilmente sobre diferentes secciones de la Internacional en Francia, en donde sólo Richard y Bastelica fueron conquistados, y de una manera más fuerte en los países de economía poco desarrollada y en aquéllos en los que el artesanado sigue siendo el factor esencial de la producción industrial. En Italia, la influencia bakunista se ejerce, a través de la Fraternidad internacional, organización secreta paralela a la Alianza democrática, en cierto número de intelectuales, napolitanos en su mayor parte, que se sienten decepcionados por la forma en que se ha realizado la unidad de su país, así como en un medio económico afectado por la preponderancia del norte; su órgano es la «Egalianza». A. Costa, procedente del garibaldismo se une a Bakunin, así como Caffiero que procede del marxismo. Es también un italiano, G. Fanelli, quien establece las bases de la organización anarquista de Barcelona en el seno de un mundo obrero que se ha visto profundamente decepcionado por la experiencia liberal burguesa durante los años 50, con una población exasperada; en el congreso de Barcelona, en ju-

nio de 1870, se agrupan las 150 sociedades de la federación española, cuyo órgano es «Solidaridad», en Madrid, y «Federación» en Barcelona, para difundir sus ideas. El envío por Marx de su yerno C. Lafargue y la creación del periódico «La Emancipación» resulta inoperante. En la Suiza francesa, y en particular en la región fabril relojera, la influencia de Bakunin encuentra eco en hombres como el tipógrafo J. Guillaume y el relojero Schwitzguébel, que insistieron, contra el doctor Coullery, editor de la «Voix de l'Avenir», sobre el carácter apolítico de la Internacional y fundaron una federación disidente de inspiración anarquista, con ocasión del Congreso de la Chaux-de-Fonds (abril de 1870), que el año siguiente adoptó el nombre de Federación Jurasiana. Lo que esencialmente estaba en juego entre socialistas y anarquistas suizos era el periódico ginebrino «L'Egalité», que seguía estando en manos de los partidarios de Marx. Con ocasión de la querrela suiza, Marx denuncia las intrigas de los bakuninistas en una «nota confidencial» enviada a todas las secciones.

La dura prueba de la guerra de 1870 y de la Comuna

No son las duras pruebas de la guerra y de la Comuna las que, contrariamente a lo que pudiera creerse, van a determinar la desaparición de la A.I.T. Ésta las atravesó sin perder lo esencial de su cohesión y de su influencia.

La guerra franco-prusiana provocó entre los socialistas alemanes reacciones diferentes. Bajo el influjo de Marx y Engels que, como lo atestigua su correspondencia, tenían tendencia a ver en la victoria de los ejércitos alemanes la de su propia ideología sobre el proudhonismo —«los franceses necesitan que se les atice una buena paliza», escribe Engels el 20 de junio de 1870—, el comité de Brunswick, que dirige el partido socialdemócrata, estima que Alemania libra una guerra defensiva; contrariamente, Bebel y Liebknecht, desde 1867 diputados en el Reichstag, el 19 de julio de 1870 se abstienen de votar los créditos militares. No obstante, la rápida derrota de los ejércitos franceses y la proclamación de la República en París aglutinan contra su Gobierno a los internacionalistas alemanes: el 5 de setiembre, el comité de Brunswick, a propuesta del Consejo General, reconoce la República francesa y se pronuncia contra toda tentativa de anexión de la Alsacia y de la Lorena. El «Volkstaat», órgano socialdemócrata, escribe: «Hasta el 4 de setiembre la guerra era para Alemania una guerra de defensa. Pero esta guerra ha terminado. Si continuara sería

de conquista; una guerra de la monarquía contra la república, de la reacción contra la revolución; una guerra en la que la democracia alemana debe combatir al lado de la República francesa.»

Bebel y Liebknecht, el 4 de setiembre, votan contra los créditos necesarios para la continuación de la guerra lo que provocó su arresto; en 1872 se les incoa un proceso espectacular por traición.

Las secciones francesas de la Internacional, debilitadas por las persecuciones sistemáticas de que fueron objeto al final del Imperio, no desempeñaron un papel preponderante ni en los acontecimientos que siguieron a la proclamación de la República (la tentativa de Bakunin para adueñarse de Lyon el 28 de setiembre fue vana) ni durante el sitio de París ni en la insurrección del 18 de marzo, que fue obra de la Guardia Nacional. En el seno del consejo de la Comuna los «internacionales», una treintena, pero bastante divididos entre ellos, sólo ocupan cargos secundarios, de carácter económico o administrativo; continúan siendo harto moderados en sus reivindicaciones sociales, por oposición a la mayoría «jacobina», y constituyen una fuerza moderadora. Por lo que se refiere al Consejo General de la A.I.T., no alentó con interés y simpatía los acontecimientos de la Comuna, tratando de informar a las diversas secciones sobre «la verdadera significación de esta grandiosa manifestación parisina», sobre cuya salida Marx, que envió a París a uno de sus amigos, Serrailier, y aconsejó por medio de cartas a los *communards*, no se hacía ilusión alguna. Esta revolución, Marx la transfigurará por la interpretación que dio de ella en nombre del Consejo General al redactar su estudio *La guerra civil en Francia*, en el que presenta a la Comuna como la vanguardia de una nueva sociedad; la felicita por haber «destruido el estado opresor, amputando los órganos represivos del antiguo poder gubernamental», rompiendo el aparato del Estado burgués, suprimiendo la policía, la burocracia, los ejércitos permanentes, debilitando el poder de los sacerdotes mediante la separación de la Iglesia y del Estado, atacando eficazmente la centralización por medio de la libre federación de las comunas de Francia, emprendiendo la reforma del trabajo mediante la organización de cooperativas de producción. En opinión de Marx, la Comuna aportó el tipo de organización política transitoria que correspondía a la dictadura del proletariado, y en la que el Estado se transformaba de opresor en emancipador.

Ciertamente la Comuna tuvo para la Internacional im-

portantes consecuencias. Bajo el golpe de la represión desaparece la sección francesa, y J. Favre, en junio de 1871, envía una circular a las potencias solicitando que, conjuntamente, tomen medidas contra la Internacional; Bismarck propone una conferencia internacional que la resistencia del Gobierno británico hace fracasar; la represión se abate sobre las secciones alemanas y austro-húngaras. En Gran Bretaña, los trade-unionistas Odger y Lucraft rehúsan firmar la declaración en favor de la Comuna y abandonan el Consejo General. No obstante la Comuna no paralizó en absoluto la actividad de la A.I.T. Dada la esperanza y el entusiasmo que suscitó, en 1871 se constata un nuevo y no menos poderoso esfuerzo de organización en Italia, España, Dinamarca, Holanda y, sobre todo, en Bélgica, que dispone a la sazón de periódicos importantes, como «La Internacional» de Bruselas, en el que E. Steens desarrolla una campaña de información sobre los acontecimientos de París.

Engels habla de «éxitos colosales» en dichos países. Por último fue la Comuna la que propició la formación en las regiones checas de Bohemia de las primeras agrupaciones internacionalistas.

El fin de la Internacional

No fueron, pues, los acontecimientos de 1870-71 los que provocaron la disolución de la A.I.T., sino las divisiones internas que hasta 1870 no representaron más que un papel secundario, pero que situadas de nuevo en su contexto nacional, vuelven a ser el factor esencial de descomposición. De hecho, no se trata tanto de un conflicto entre marxismo y anarquismo como de una protesta general, pero particularmente viva, en el seno de los jóvenes movimientos en los países mediterráneos contra la pretendida «dictadura» del Consejo General, por tanto, de una actitud «antiautoritaria» vinculada con la nacionalización, ya creciente, de los movimientos obreros. Si, con ocasión de la Conferencia de Londres (setiembre de 1871), Marx, que cuenta aún con el pleno apoyo del Consejo General, logra imponer sus puntos de vista, así como hacer votar una resolución sobre la acción política de la clase obrera, y obtiene la condena de la federación jurasiana bakuninista, la oposición no tardará en tomar cuerpo, primero en el congreso de la sección del Jura, en Sonvillier, que rehúsa, bajo el influjo de J. Guillaume, suscribe las decisiones de Londres, y después, en el congreso de Rimini, en donde se consumó la disolución de la federación de las secciones italianas y que decidió rom-

per con el Consejo General, mientras Marx y Engels denuncian en las *Pretendidas escisiones de la Internacional* el propósito de Bakunin encaminado a adueñarse de la A.I.T. El conflicto encuentra su epílogo, en el Congreso de La Haya (setiembre de 1872), en cuyo curso Marx, que sigue contando, gracias al apoyo del Consejo General, con una fuerte mayoría, hizo excluir a Bakunin y a J. Guillaume, y al mismo tiempo se decidió trasladar el Consejo General de Londres a Nueva York, lo que de hecho constituyó para la Primera Internacional el golpe de gracia. ¿Pensó Marx que la Internacional podría recobrar una nueva juventud en los Estados Unidos, tal como se desprende de sus cartas a su amigo Sorge, miembro del Consejo General neoyorquino? De lo que no hay duda es que tenía el convencimiento de que la A.I.T. estaba demasiado dividida en Europa para poder continuar eficazmente su obra: la mayor parte de las naciones de los Estados meridionales han abrazado el bakuninismo; los proscritos franceses de Londres son blanquistas; los británicos son trade-unionistas; el único elemento con el que Marx puede contar, aparte de algunos emigrados residentes en Londres, es la socialdemocracia alemana, pero ésta se halla demasiado implicada en sus dificultades nacionales para poder aportar una ayuda eficaz: hay, pues, que renunciar a la misma. Marx no quiere que la A.I.T. caiga en manos de sus adversarios; pero aún desea mucho más introducir en ella nuevas formas de lucha, más apropiadas a las circunstancias, y que van a generalizarse en el curso de los años siguientes.

La A.I.T. fue extinguiéndose poco a poco: el congreso de Filadelfia de julio de 1876 significó la disolución del Consejo General. Las secciones antiautoritarias, cuyo pensamiento se expresa desde 1872 en el «Boletín de la Federación Jurasiana», celebraron en Saint-Imier, bajo la presidencia de Bakunin y de A. Costa, un congreso en el curso del cual rechazaron las decisiones de La Haya para presentarse en adelante como la verdadera Internacional; fortalecidas por el apoyo general, excepto los grupos alemanes, en 1873, celebraron un nuevo congreso en Ginebra, que reorganizó la Internacional sobre la base de la autonomía de las secciones y adoptó la huelga general como medio de emancipación revolucionaria del proletariado. De hecho, la desunión no tardó en manifestarse, pues eran muchos los que estaban cansados de la dictadura de Bakunin, el cual abandonó el movimiento en 1874, mientras los anarquistas italianos se comprometían, ese mismo año y el siguiente, en insurrecciones sin consecuencias. La Internacional antiauto-

ritaria celebró su último congreso en Verviers, en 1877, y las secciones jurasianas en la Chaux-de-Fonds, en 1880. Una tentativa para reorganizar la Internacional, iniciada en Ginebra en 1877, y en la que participaron hombres como Liebknecht, César de Paepe y el anarquista Kropotkin, resultó fallida.

Es cierto que la Primera Internacional jamás caló las masas, en particular en las afectadas por la gran industria moderna; su organización fue siempre deficiente, los militantes carecían de experiencia, las cotizaciones eran escasas y los afiliados a menudo infieles. Por otra parte, es incierto que los miembros de la Internacional fueran siempre capaces de comprender el mensaje de solidaridad internacional que se les dirigía; muchos cayeron en el chovinismo, como tantos obreros franceses después de la guerra de 1870. ¿Cuál fue, pues, la importancia de la Internacional? La de haber difundido, a través del Consejo General y de los emigrados políticos, cierto número de principios comunes, así como haber establecido cierta unidad en las conciencias, sin la cual el desarrollo del socialismo después de 1880 hubiese sido inconcebible. La Internacional no fue un «mito», como a menudo se ha escrito, sino un movimiento real que cristalizó las profundas aspiraciones de la clase obrera y desempeñó el papel de agente catalizador en la formación de la conciencia de clase del proletariado. Lo esencial en la Primera Internacional no es, pues, tanto sus realizaciones como sus anticipaciones, no tanto la vida efímera de las secciones como los impulsos que les dictaron desde arriba: «una alma grande en un cuerpo pequeño».

DOCUMENTOS

1. PREÁMBULO Y ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos, que sus esfuerzos por conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.

Que el sometimiento del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral, material.

Que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que debe ser subordinado todo movimiento político.

Que todos los esfuerzos realizados hasta aquí han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de diversas regiones.

Que la emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional, sino que, por el contrario, interesa a todas las naciones civilizadas, ya que su solución está necesariamente subordinada a su concurso teórico y práctico.

Que el movimiento que se lleva a cabo entre los obreros de los países más industriales de Europa, al procurar el nacimiento de nuevas esperanzas, advierte solemnemente de no recaer en los viejos errores, y aconseja combinar todos esos esfuerzos aun aislados.

Por estas razones:

Los que abajo firman, miembros del Consejo elegido por la asamblea celebrada el 28 de setiembre de 1864 en Saint-Martin's Hall en Londres, han tomado las medidas necesarias para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores...

Y en este espíritu han redactado el reglamento provisional de la Asociación Internacional.

ESTATUTOS

Artículo Primero. Se establece una asociación para procurar un punto central de comunicación y de cooperación entre los obreros de diferentes países que aspiran al mismo objetivo, a saber: el concurso mutuo, el progreso y la total liberación de la clase obrera.

Art. II. El nombre de esta asociación será: *Asociación Internacional de Trabajadores*.

Art. III. En 1865 tendrá lugar, en Bélgica, la reunión de un congreso general. Este congreso deberá dar a conocer a Europa las comunes aspiraciones de los obreros; concluir el reglamento definitivo de la Asociación Internacional; examinar los mejores medios para asegurar el éxito de su trabajo y elegir el Consejo General de la Asociación. El congreso se reunirá una vez al año.

Art. IV. El Consejo General radicará en Londres y constará de obreros que representen a las diferentes naciones que formen parte de la Asociación Internacional. Incorporará en su seno, según las necesidades de la Asociación, a los miembros del buró, tales como pre-

sidente, secretario general, tesorero y secretarios particulares para los diferentes países.

Art. V. En cada congreso anual, el Consejo General dará un informe público sobre los trabajos del año. En caso de urgencia, podrá convocar el congreso antes del término fijado.

Art. VI. El Consejo General establecerá relaciones con las diferentes asociaciones de obreros, de tal forma que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países; que, simultáneamente, se haga una encuesta sobre el estado social con el mismo espíritu; que las cuestiones propuestas por una sociedad, cuya discusión tenga un interés general, sean examinadas por todos y que cuando una idea práctica o una dificultad internacional reclame la acción de la Asociación, ésta pueda actuar de una manera uniforme. Cuando esto le parezca imposible, el Consejo General tomará la iniciativa de someter proposiciones a las sociedades locales o nacionales.

Art. VII. ...Los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, en cada país, por reunir en una asociación nacional a las diversas sociedades de obreros existentes, así como por crear un órgano especial... Salvo obstáculos legales, ninguna sociedad local queda dispensada de corresponder directamente con el Consejo General radicado en Londres.

Art. VIII. Hasta la primera reunión del congreso obrero, el Consejo elegido en setiembre actuará como Consejo General provisional. Tratará de poner en comunicación a las sociedades obreras de todos los países. Agrupará a los miembros del Reino Unido; tomará las medidas provisionales para la convocatoria de un congreso general; discutirá con las sociedades locales o nacionales sobre las cuestiones que deberán ser planteadas ante el congreso.

Art. IX. Cada miembro de la Asociación Internacional, al cambiar de país, recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

Art. X. Aunque unidas por un lazo fraternal de solidaridad y de cooperación, las sociedades obreras no por ello dejarán de seguir existiendo sobre las bases que les son particulares.

Según la *Primera Internacional. Selección de documentos publicados bajo la dirección*

de J. Freymond, tomo I, Ginebra, Droz, 1962 págs. 10-12.

2. RESOLUCIONES DE LA CONFERENCIA DE LONDRES DE 1871

K. Marx recuerda a los miembros de la Internacional que es necesario que el proletariado se constituya en partidos políticos:

Considerando además:

Que contra el poder colectivo de las clases poseedoras el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por la clase poseedora.

Que esta constitución del proletariado en partido es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo: la abolición de las clases.

Que la coalición de las fuerzas obreras ya lograda por las luchas económicas debe servir también de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional: que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política van indisolublemente unidos.

Según la *Primera Internacional...*, tomo II, página 236.

3. EL PUNTO DE VISTA BAKUNINISTA

I. El I congreso «romand» de Chaux-de-Fonds celebrado en abril de 1870, tomó la siguiente resolución:

Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede tener lugar más que por la transformación de la sociedad política, fundada en el privilegio y la autoridad, en sociedad económica, fundada en la igualdad y la libertad.

Que todo Gobierno o Estado político no es otra cosa que la organización de la explotación burguesa, explotación cuya fórmula recibe el nombre de derecho jurídico.

Que toda participación obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otros resultados que la consolidación de las cosas existentes, y, por tanto,

paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado.

El Congreso «romand» recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción encaminada a operar la transformación social por medio de reformas políticas nacionales, y lleve toda su actividad sobre la cuestión federativa de los cuerpos de oficios, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esta federación es la auténtica representación del trabajo y debe permanecer absolutamente fuera de los Gobiernos políticos.

Según J. Freymond, *Estudios y Documentos sobre la Primera Internacional en Suiza*, Ginebra, Droz, 1964; págs. 225-226.

II. *En una carta a un amigo suyo, Rubicone Nabruzzi, del 23 de julio de 1872, Bakunin expresa su opinión sobre Marx:*

Marx es un comunista autoritario y centralista. Quiere lo que nosotros queremos: el triunfo de la igualdad económica y social, pero en el Estado y por la fuerza del Estado; por la dictadura de un Gobierno provisional, poderoso y, por decirlo así, despótico, esto es, por la negación de la libertad. Su ideal económico es el Estado convertido en el único propietario de la tierra y de todos los capitales, cultivando la primera por medio de asociaciones agrícolas, bien retribuidas y dirigidas por sus ingenieros civiles, y comanditando los segundos mediante asociaciones industriales y comerciales.

Nosotros queremos ese mismo triunfo de la igualdad económica y social por la abolición del Estado y de todo cuanto se llame derecho jurídico que, según nosotros, es la negación permanente del derecho humano. Queremos la reconstitución de la sociedad y la constitución de la unidad humana, no de arriba abajo por la vía de cualquier autoridad, sino de abajo arriba, por la libre federación de las asociaciones obreras de toda clase emancipadas del yugo del Estado.

...Hay otra diferencia, esta vez muy personal, entre él y nosotros. Enemigos de todo absolutismo, tanto doctrinario como práctico, nosotros nos inclinamos con respeto no ante las teorías que no podemos aceptar como verdaderas, sino ante el derecho de cada cual a

seguir y propagar las suyas... No es éste el talante de Marx. Es tan absoluto en las teorías, cuando puede, como en la práctica. A su inteligencia verdaderamente eminente, une dos detestables defectos: es vanidoso y celoso. Le repelía Proudhon, tan sólo porque este gran nombre y su reputación tan legítima le hacían sombra. Marx ha escrito contra él las más nefandas cosas. Es personal hasta la demencia. Dice «mis ideas», no queriendo comprender que las ideas no pertenecen a nadie, y que si uno busca bien encontrará que precisamente las mejores, las más grandes ideas han sido siempre el producto del trabajo instintivo de todo el mundo; lo que pertenece al individuo no es más que la expresión, la forma...

Marx es judío alemán, como muchos otros jefes y subjefes del mismo partido en Alemania. Desde este punto de vista, por otra parte, los mazzinianos comienzan a asemejarse a los marxistas. Se diría que todos los autoritarios se parecen.

Según M. Molnar, *El declive de la Primera Internacional. La Conferencia de Londres 1871*, Ginebra, Droz, 1963; págs. 161-162.

4. CONDENA POR MARX DE LA ALIANZA DEMOCRÁTICA EN 1873

Después del congreso de La Haya, K. Marx publica, bajo el título La alianza de la democracia socialista y la A.I.T. (Londres, julio de 1873), un ataque contra los anarquistas. He aquí la conclusión:

Si bien dejando plena libertad a los movimientos y aspiraciones de la clase obrera en los diferentes países, la Internacional logró no obstante reunir un solo haz y hacer sentir, por primera vez, a las clases dirigentes y a sus gobiernos la pujanza cosmopolita del proletariado. Las clases dirigentes y los gobiernos han reconocido este hecho al concentrar sus ataques sobre el órgano ejecutivo de nuestra Asociación, el Consejo General. Estos ataques han venido acentuándose cada vez más después de la caída de la Comuna. ¡Y éste es el momento escogido por los aliancistas para declarar su guerra abierta al Consejo General! Según ellos, su influencia, arma poderosa entre las manos de la Internacional, sólo era un arma dirigida contra ella. Era el precio de una lucha, no contra los enemigos del proletariado, sino contra la propia Internacional. Según sus

decires, las tendencias dominadoras del Consejo General ganaron la partida sobre la autonomía de las secciones y las federaciones nacionales. Ya sólo restaba decapitar a la Internacional para salvar la autonomía.

En efecto, los hombres de la Alianza sabían que, si no aprovechaban este momento decisivo, se malograba la dirección secreta del movimiento proletario soñado por los cien hermanos internacionales de Bakunin. Sus invectivas encontraron un eco aprobador en la prensa policíaca de todos los países. Sus altisonantes frases de autonomía y de libre federación, en una palabra, sus gritos de guerra contra el Consejo General, no eran, pues, más que una maniobra para enmascarar el verdadero objetivo: desorganizar la Internacional y para ello someterla incluso al gobierno secreto jerárquico de la Alianza.

Autonomía de las secciones, libre federación de los grupos autónomos, antiautoritarismo, anarquía. ¡He ahí unas frases que sientan bien a una sociedad de «desclasados», «sin derrotero, sin salida», conspirando en el seno de la Internacional para uncirla a una dictadura oculta y para imponerle el programa de M. Bakunin!

Despojado de sus oropeles melodramáticos, este programa se reduce a esto:

I. Todas las bajezas en que se mueve fatalmente la vida de los desclasados procedentes de las capas superiores son proclamadas como virtudes ultrarrevolucionarias.

II. Se establece como principio la necesidad de atraerse a una pequeña minoría bien escogida de obreros a los que se halaga separándoles de las masas por la iniciación misteriosa, haciéndoles participar en el juego de intrigas y de imposturas del gobierno secreto, y predicándoles que dar rienda suelta a sus «malas pasiones», es conmocionar de arriba abajo la vieja sociedad.

III. Los principales medios de propaganda consisten en atraer la juventud por ficciones —engaños sobre la amplitud y la pujanza de la sociedad secreta, profecías sobre la inminencia de la revolución preparada por ella, etcétera—, y en comprometer bis a bis con los gobiernos a los hombres más avanzados de las clases acomodadas, para explotarles pecuniariamente.

IV. La lucha económica y política de los obreros por su emancipación se sustituye por las acciones pan-

destructivas de la carne de presidio, última encarnación de la revolución. En una palabra, hay que lanzar al golfo... y poner así gratuitamente a disposición de los reaccionarios una banda bien disciplinada de agentes provocadores.

No se sabría decir si lo que prevalece en las elucubraciones teóricas y en los propósitos prácticos de la Alianza, es lo grotesco o lo infame. De todos modos ha logrado provocar en el seno de la Internacional una lucha sorda que, durante dos años, ha entorpecido la acción de nuestra Asociación desembocando en la secesión de una parte de las secciones y las federaciones. Las resoluciones tomadas por el congreso de La Haya contra la Alianza respondían, pues, a un deber estricto; no podía dejarse caer la Internacional, esta gran creación del proletariado, en las trampas tendidas por el desecho de las clases explotadoras. Por lo que se refiere a cuantos quieren despojar al Consejo General de las atribuciones sin las cuales la Internacional sólo sería una masa confusa, diseminada, y, por decirlo con el lenguaje de la Alianza, «amorfa», nosotros no sabríamos ver en ellos más que traidores y embaucadores.

Según *La Primera Internacional*, tomo II, páginas 455-456.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

No existe aún una historia completa de la A.I.T. El punto de vista antiautoritario figura en:

J. GUILLAUME, *L'Internationale. Documents et souvenirs 1864-1878*, 4 vol. París, 1905-1910.

Los principales documentos han sido publicados en: *La Première Internationale*, colección publicada bajo la dirección de J. FREYMOND, 2 vol. Ginebra, Droz, 1962.

Cf. también:

Répertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX^e et XX^e siècles. La Première Internationale, 3 vol., París, Colin, 1958-1963.

Los trabajos del coloquio de París sobre la historia de la Primera Internacional han sido resumidos por:

J. ROUGERIE, «Sur l'Histoire de la Première Internationale» (*Le Mouvement social*, Éditions ouvrières, abril-junio de 1965).

Entre los estudios de detalle, puede consultarse:

L. VALIANI, *Storia del movimento socialista. I L'epoca della Prima Internazionale*, Florencia, 1951.

A. LEHNING, *Michel Bakounine et l'Italie 1781-1872*, 3 vol., Amsterdam, 1961-1965.

R.P. MORGAN, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, 1965.

J. DUCLOS, *La Première Internationale*, París, Éditions sociales, 1964.

J. BRUHAT, *La Première Internationale et les syndicats*, París, s.f.

J. FREYMOND, *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, Droz, 1964.

M. MOLNAR, *Le Déclin de la Première Internationale. La Conférence de Londres*, Ginebra, Droz, 1963.

R. COLLINS y C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement: Years of the First International*, Londres, 1965.

Entre las obras publicadas en nuestro país:

J. TERMES, *El Movimiento Obrero en España, La Primera Internacional (1864-1881)*. Cátedra de Historia General de España. Barcelona, 1965.

O. Vergés, *La I Internacional en las Cortes de 1871*. Cátedra de Historia General de España, Barcelona, 1964.

C. Martí, *Orígenes del Anarquismo en Barcelona*. Editorial Teide. Barcelona, 1959.

M. García Venero, *Historia de las Internacionales en España*. Madrid, 1956.

J.J. Morato, *Historia de la Sección española de la Internacional*, Madrid, 1928.

F. Mora, *Historia del socialismo obrero español*, Madrid, 1902.

Una interesante colección de recuerdos figura en:

F. BRUPBACHER, *Socialisme et Liberté. Les Cahiers Pensée et Action*, París y Bruselas, 1964.

CAPÍTULO II

LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA 1875-1914

1. LA FORMACIÓN DEL PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA
2. LA VIDA HEROICA DEL PARTIDO
3. EL PARTIDO FRENTE A LA CRISIS REVISIONISTA

El fracaso de la Primera Internacional dejó la primacía a los partidos nacionales. Entre ellos, el primero que se constituyó fue la socialdemocracia alemana, que durante mucho tiempo gozará del mayor prestigio, por el hecho de la valiente resistencia que supo oponer a las leyes de excepción de que fue víctima, a través de los años ochenta, por parte de Bismarck. Este partido, que se denomina a sí mismo revolucionario, afirma sin rebozo su vinculación a la ideología marxista de la lucha de clases y anuncia el inevitable advenimiento de una revolución que preludiará la organización de la sociedad colectivista; y durante muchos años rehuirá las atracciones del revisionismo, al cual no cesa de oponer, en la teoría, la pura doctrina de la ortodoxia marxista. Sin embargo, fruto de una serie de compromisos, constreñido a integrarse en un Estado fuertemente estructurado, se verá obligado a buscar, por la práctica del sufragio universal y de las libertades constitucionales, las reformas inmediatas que harán la vida aceptable al mundo del trabajo. Es decir, que la socialdemocracia alemana no tardó en hacer la experiencia de una táctica reformista que podía adaptarse a las condiciones de una era no revolucionaria.